

que proporcionaba (más satisfactorias desde el punto de vista filosófico), sino también a sus aplicaciones prácticas e incluso (como ocurrió en Inglaterra) al hecho de que sus discusiones no implicaban las nefastas consecuencias de las disputas teológicas. En resumen, aunque la ciencia no se impuso a la religión, ocupó un lugar cada vez más importante y resultó cada vez más atrayente para los intelectuales (en detrimento de la teología).

Por último, el profesor Koenisberger analiza el marco en que se desenvuelve la actividad cultural de la época, centrándose en el caso concreto de Italia. Al relacionar cada forma sociopolítica (las repúblicas urbanas, las pequeñas cortes y las grandes capitales) con una etapa del desarrollo cultural (Renacimiento, Manierismo y Barroco), el autor hace algo más que efectuar un repaso de las distintas condiciones en que se desenvuelven los «virtuosi». Resalta el desplazamiento de los centros culturales hacia las grandes urbes, coincidiendo con el fenómeno de la urbanización y la aparición de las grandes capitales metropolitanas. Pero, ante todo, al evaluar la incidencia de las distintas formas políticas en el estilo e incluso en la orientación de la creación cultural hacia distintas actividades, Koenisberger nos está hablando de las relaciones entre el poder y la cultura dentro de una sociedad determinada. El diálogo entre políticos y virtuosos se produce así en medio de un complejo entramado de acontecimientos de la más diversa índole.

En definitiva, los modelos dinámicos propuestos por Koenisberger no tienen otro fin que suscitar la polémica y la reflexión, contribuyendo así a enriquecer nuestra visión de una de las etapas más complejas de la Historia.

Milagrosa ROMERO SAMPER

GIJSEY, R. E.: *Le roi ne meurt jamais. Les obsèques royales dans la France de la Renaissance*. Préface de François Furet, Flammarion, Paris, 1987.

El 14 de mayo de 1610, uno de los treinta días que han hecho a Francia, según quiere una conocida editorial, François Ravailac acabó de un golpe de cuchillo con la vida del rey Enrique IV de Navarra. Como se sabe, para explicar las consecuencias de este hecho y de esta jornada, Roland Mousnier escribió su famoso, *L'assassinat d'Henri IV* (Gallimard, Paris, 1964), sirviéndose del magnicidio tiránida para tratar el proceso de afirmación de la monarquía absoluta en el siglo XVII: éxito del absolutismo que, concluye el autor, vendría a «sauver l'indépendance de la France et les libertés de l'Europe, accroître le territoire français, imposer aux Français les transformations nécessaires» (página 270).

Pero el camino elegido por Mousnier para hablar de una y otra cosas,

aunque sea el más frecuentado, no es el único posible. Diez años antes de la aparición de esta obra ya clásica, Ralph E. Giesey hacía que los sucesos de mayo de 1610 jugaran un papel importante en el desarrollo argumental de la tesis que presentaba en la Universidad de California sobre *The royal funeral ceremony in Renaissance France*, y que sería publicada seis años más tarde. Aquel día, según el *Mercure françois*, Sillery encontró a María de Médicis saliendo de la sala en la que se hallaba depositado el cadáver; cuando la reina viuda anunció al canciller la muerte del monarca, Sillery respondió sin alteración alguna: «Vostre Majesté m'excusera, les Rois ne meurent point en France».

Con la obra que ahora se traduce al francés, este discípulo americano de Ernst Kantorowicz —cuyo *King's two bodies* también será traducido al francés en breve, una vez que se ha editado en París su *Kaiser Friedrich der Zweite*— pretende dar sentido al enigma que se esconde tras la ilogicidad de semejante frase, en el fondo un tópico que ya Jean Bodin había recogido en sus *Six livres de la République*.

Si su emblemático maestro había pretendido nada menos que historiar la estructura de la *teología política* medieval, R. E. Giesey pretende hacer algo menos ambicioso en principio como es la historia de una ceremonia —en este caso de las exequias funerales de los reyes de Francia entre 1422 (Carlos VI) y 1610 (Enrique IV). Pese a esta aparente reducción de objetivos, los resultados son sumamente brillantes y partiendo de la exposición de los diferentes episodios del ritual se llega, en último término, a tratar del poder real en Francia entre los valois y los borbones.

Más allá de destacar simplemente que lo visible encierra un valor político, Giesey en este *Le roi ne meurt jamais* se ocupa de la simbología constitucional de la alta Edad Moderna y sus elementos de base son, obviamente, los estudios y las categorías que el emigrado Kantorowicz había canonizado a partir de su análisis de los juristas ingleses. Parte, por tanto, de la afortunada idea de los dos cuerpos del rey, el natural/físico y el místico/metafísico, y de la consecuencia directa de esta concepción que es posible hallar en la necesidad de distinguir entre la persona del rey y su dignidad.

Se describen minuciosamente los ritos funerarios de los reyes de Francia en el período arriba mencionado hasta llegar a las grandes exequias del siglo XVI en las cuales el proceso ritual alcanza su mayor complejidad. Según esto, entre la muerte del rey y la consagración de su heredero media un lapso cronológico de varios días o semanas, que es lo que se tarda en preparar el cadáver para su entierro en Saint Denis.

Durante este tiempo, el heredero empieza su labor de gobierno comenzando a firmar sus primeras decisiones, pero se halla oculto y no se deja ver en público hasta que se produce el entierro de su antecesor, momento tras el que se produce su *sacré* y le son entregados los *honneurs*, las insignias del poder, por el Parlamento de París. Sólo entonces es considerado el nuevo rey, es decir, es allí, una vez que se ha procedido a la inhumación,

cuando su cuerpo mortal se reviste de la dignidad real. Lo más curioso de esta ceremonia es que, mientras el sucesor ya ha empezado a gobernar en secreto, la Corte se encuentra reunida en torno a una efigie que representa al rey que ha muerto y que esta imagen es la que ostenta los atributos del poder, recibiendo el servicio de honras que estaría reservado al príncipe.

Por tanto, en la Francia renacentista la realeza nunca estaba vacante y nunca había dos reyes, pues, para el caso de las sucesiones, se había creado lo que Ralph E. Giesey califica de *interregno ceremonial*.

Sin embargo, el magnicidio de Ravailac vino a cambiar este orden simbólico-constitucional, ya que la reina viuda María hizo que el *lit de justice* de su hijo se celebrara el día siguiente, convirtiéndose públicamente — no ya en asuntos de Gobierno tan sólo— en el rey Luis XIII, aunque las exequias reales de su padre no se iban a producir hasta unas semanas más tarde. Desaparecía así la necesidad de garantizar simbólicamente la continuidad de la realeza con la sorprendente ceremonia de la efigie.

Pero, como decíamos, en este *Le roy ne meurt jamais* Giesey no se conforma con describir los curiosos y alambicados ritos funerarios del Renacimiento, sino que extrae conclusiones de importancia constitucional. La primera de las que queremos destacar aquí es que la existencia de las efigies sería una manera de restarle importancia a la circunstancia sucesoria como único fundamento de la realeza del que viene a ser nuevo rey y, consiguientemente, un refuerzo del carácter augural de una coronación en la que era el Parlamento de París —que encarnaba la justicia— la instancia que revestía de la dignidad real al nuevo soberano.

La segunda conclusión que destacaremos no es otra que señalar que la desaparición de las efigies está relacionada con la apropiación por parte del rey de todos los atributos de la monarquía, que deja de ser abstracta como dignidad y se transforma en una entidad más personal. La efigie es sustituida por otros símbolos que, como el del fénix nuevo rey que renace de las propias cenizas del rey muerto, ya no hablan de la dignidad como una entidad abstracta.

Fernando Jesús BOUZA ALVAREZ

B) HISTORIA DE ESPAÑA

MARAVALL, J. A.: *La literatura picaresca desde la historia social (siglos XVI y XVII)*, Taurus, Madrid, 1986, p. 800.

Nos encontramos ante una de las últimas obras del profesor Maravall, en la que aborda el estudio pormenorizado de uno de los prototipos más significativos de la literatura de los siglos XVI y XVII: la figura del *pícaro*, típica sobre todo de un siglo XVII en franca decadencia. Es una figura des-